



EL
ASESINO
DE COMPARSISTAS
II

EL
ASESINO
DE COMPARSISTAS

II

TRAS LA MÁSCARA

FERNANDO MACÍAS GROSSO

El asesino de comparsistas II: Tras la máscara

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2017, respecto a la cuarta edición en español, por:

© Fernando Macías Grosso
© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417103156
ISBN e-book: 9781524303440
1ª edición: noviembre 2015
2ª edición: diciembre 2015
3ª edición: noviembre 2017
4ª edición: enero 2018

Corrección: Sara Díaz Mata
Ilustración de cubierta: Marta Pombo Grosso
Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

A los que dieron su vida por el Carnaval de Cádiz

*«Dicen que pueblo que canta,
pueblo que espanta sus males
por eso a Cádiz le salen
los males por la garganta,
y así nunca se atraganta
con sus pecados mortales
y al llegar los carnavales
mi pueblo hace una banda».*

Comparsa La Banda del Capitán Veneno

Esta novela es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación del autor o se emplean de manera ficticia. Cualquier parecido con sucesos, lugares o personas reales, vivas o muertas es mera coincidencia.

Prólogo

CÁDIZ, 10 DE JULIO DE 2016

Una luna rebotante de luz se reflejaba en la arena húmeda que el mar dejaba al descubierto con un sonoro vaivén. Respiré el aire de la noche con cierto regocijo y salí de mi cueva para contemplar mi cuerpo en el reflejo del agua. Mis rugosas pinzas se percibían enormes, bien formadas y desarrolladas. Me vi radiante.

Varios de mis vecinos machos también habían emergido de sus cuevas con las tenazas afiladas y el gesto desafiante. Un olor a feromonas fue adueñándose de las charcas y la llamada del deseo se apoderó de mí.

«Un cangrejo moro como yo no puede estar con una cangreja cualquiera», me repetí varias veces antes de comenzar a caminar. Dejé las charcas atrás y puse mis patas en dirección a la orilla de la playa.

Al poco tiempo, las extremidades comenzaron a hundírseme en la arena mojada, aunque conseguí un paso estirado y sugerente. Contemplé a una hembra solitaria que caminaba lenta-

mente con un movimiento de patas embriagador y unas cachas de envergadura.

Me fui hacia ella con decisión, ocultando un leve temblor que se había apoderado de mis extremidades traseras. Nuestras miradas se encontraron como la noche y las estrellas, y ambos nos detuvimos en seco.

Había ensayado el baile varias veces en mi cueva, pero la mente me jugó una mala pasada. Improvisé varios meneos de pinzas que no fueron ejecutados de la mejor manera posible, lo supe por la forma quejumbrosa con la que ella me miraba.

Afortunadamente, pude recordar otro baile que había estudiado hacía poco y lo puse en práctica de inmediato. Moví mis tenazas con un leve silbido imitando a un robot, era un baile inédito en mi especie, estaba seguro de que con eso aquella noche habría jaleo; pero pronto me di cuenta de que la actuación no estaba cuajando como esperaba. Quizá no estaba ejecutándolo de la manera más adecuada o, posiblemente, esa cangreja no había visto un robot en su crustácea vida; conociéndome, estaba convencido de que era por lo primero.

Inesperadamente, un macho que me doblaba en tamaño se acercó y me apartó con sus enormes pinzas como si se deshiera de un trozo de papel con un soplido. Llevó a cabo varios insulsos movimientos con sus gigantescas tenazas y la hembra se entregó al desenfreno ante mi mirada asqueada.

«No estaba para mí», me intenté consolar.

Deambulé por la orilla con mis punzantes ojos clavados en el suelo cuando una ola me cubrió y me arrastró con ella. Primero hacia arriba y luego hacia abajo. Rodé durante no sé cuánto tiempo y quedé bocarriba rebozado en arena mojada y espuma de mar.

Una hermosa cangreja me ofreció su pinza para socorrerme y al levantarme pude ver su cuerpo coloreado y reluciente por el mar. Nos miramos, yo aún con el agua deslizándose por mi

caparazón, y el amor brilló en nuestros ojos. Me acerqué a ella con pasos cortos, melosos y moviendo mis pinzas al son de las olas. Ya era mía.

De repente, a escasos metros, vi a un ser humano acercarse a gran velocidad. Corría por la arena embebido en una música que salía de sus oídos. Venía en nuestra dirección y estaba a nada de alcanzarnos. Aparté a mi hembra del paso de aquella bestia lo más rápido que pude, con tal mala fortuna que una de mis tenazas fue estrujada por uno de sus pies, reduciéndola a cientos de cáscaras y trozos de carne blanquecina.

Eso dolió mucho.

Desde más allá del muro de la playa de La Caleta unas luces azuladas y unos estruendosos sonidos barrieron el arenal. Seguidamente, comenzaron a descender varios seres humanos uniformados y tras ellos una joven con el pelo del color del sol.

—Inspector Alejandro, deténgase —se oyó retumbar en toda la playa.

El corredor se detuvo al ver las luces, se retiró los auriculares y plantó sus ojos en la hembra de blondos cabellos.

—¿Qué es lo que pasa, Jenifer? —preguntó la apisonadora humana que tenía una mancha morada en la mejilla.

La hembra se acercó con un gesto sombrío en el rostro y blandiendo un arma en dirección al corredor que había espachurrado mi pinza izquierda dijo:

—Alejandro Cobalea, queda usted detenido como principal sospechoso en el caso del asesino de comparsistas.

Capítulo 1

CÁDIZ, 21 DE FEBRERO DE 2016

La libertad se había atrincherado en las esquinas de la ciudad sin visos de rendición. La gente, sedienta del mejor Carnaval de Cádiz, abarrotaba plazas, tablaos y callejuelas. Por toda la ciudad se repartían cientos de grupos ofreciendo, a cambio de la voluntad, un rato de entretenimiento que no tenía precio. Aunque hacía ya varios días que la Cuaresma había llegado para usurpar el calendario, los gaditanos tenían por norma que el mes de febrero fuese tiempo de culto a otros dioses más terrenales.

Jenifer y Alejandro se encontraban en la céntrica plaza de las Flores, junto a la escalerilla de Correos, disfrutando del ambiente de aquel día. Cientos de personas se habían arremolinado alrededor de los escalones y era difícil hacerse un hueco para poder escuchar a la chirigota del Vera que, en esos momentos, entonaba una de sus melodías más tarareadas.

*Somos los hinchapelotas,
vente con nosotros, esta es tu afición...*

El suelo era una alfombra de papelillos, serpentinas y botellas de vino vacías sobre la que el público cantaba, botaba y reía. Se respiraba una paz balsámica. La gente se había quitado la careta del miedo, y al fin podía disfrutar de la fiesta de la libertad sin asesinos que merodearan sueltos o, al menos, es lo que se quería creer. Por las calles, solo el viento danzaba amenazante azotando con una brisa gélida y salada las azoteas de la antigua Gadir fenicia.

—¿Este es tu concepto de vacaciones románticas? —preguntó Jenifer viéndolo saltar y cantar.

—¿Hay algo más romántico que esto? —repuso con la voz entrecortada plantándole un beso en los labios antes de tomar impulso y saltar de nuevo.

*...por mis colores yo muero,
por mis colores yo mato.
Lo sabe hasta el guitarra que puntea con Quiñones,
o sea, lo sabe hasta el Tato...*

Jenifer no pudo más que dejarse contagiar por la música y unirse a la algarabía al volver a escuchar el estribillo:

*Somos los hinchapelotas,
vente con nosotros, esta es tu afición...*

Al terminar la música, Jenifer le tomó del brazo y volvió a besarle dejando que el aroma de su boca le inundase los sentidos hasta desbordarlos. El corazón le palpitaba al son de sus labios e intentó retener cada instante de aquel beso.

Caminaron entre una riada de personas buscando otro rincón donde poder seguir escuchando carnaval. Hacía pocos días que habían enterrado a Sabrina y era la primera vez que Jenifer lo había visto sonreír desde entonces. En su cabeza aún revoloteaba el caso del asesino de comparsistas. Era como si volviera hacia

atrás y el siniestro criminal todavía anduviera suelto. Necesitaba respirar hondo y recordar que él también yacía ahora bajo tierra.

«La única forma de que salga de ese hoyo sería transformándose en un zombi», pensó Jenifer intentando seguir el paso de Alejandro que tiraba de ella como un niño en un parque de atracciones.

—¡Eh, mira! ¡La chirigota del Bocu! —gritó Alejandro como si acabara de descubrir un billete dorado con el que visitar la fábrica de chocolate.

Este apretó la mano de Jenifer y volvió a tirar de ella. Un gran número de personas se había amontonado en torno a la Torre Tavira para contemplar a un grupo disfrazado de chicas de *ballet* con un exagerado bulto entre las piernas. Él intentaba ponerse en primera fila cuando el sonido de un pito de caña anunció el inicio de un nuevo pasodoble.

*El que nace gaditano
viene al mundo ya marcado
con etiqueta de artista,
un pasota indiferente
sin futuro sin presente,
sin padrinos ni avalistas.*

Los dos escucharon al grupo cantar como si hubieran sido hipnotizados. Jenifer no pudo evitar que se le erizaran los vellos de la nuca mientras él seguía tarareando aquella canción que se sabía mejor que el Padre Nuestro.

*El que nace gaditano
viene con todo un rosario
de falsas y negras leyendas:
no le gusta trabajar,
solo quiere carnaval
y hablando no hay quien le entienda.*

El sonido de las baquetas sobre la caja y de la masa sobre el bombo calaba tan hondo en los espectadores que todos sintieron el corazón latir al ritmo que marcaban los instrumentos.

*De Cai,
por cojones muy gracioso,
por cojones un guirigay.
Por cojones, picha, quillo
y tol día vestio del Cai.*

Alejandro no pudo contenerse en las últimas estrofas y cantó sin reprimirse con los ojos humedecidos en coraje y emoción:

*Nadie sabe que debajo
de este traje de bufón
las están pasando putas
gaditanos como yo.
Que a pesar de mis problemas,
mi sonrisa es mi bandera,
que es mejor morir riendo
que vivir como un cabrón.*

Al terminar la canción, la gente estalló en aplausos y la chirigota dejó paso, a regañadientes, a una agrupación que esperaba su turno bajo el improvisado escenario. Era la comparsa de Juan Carlos.

A los dos investigadores les recorrió una desagradable sensación por la garganta. Aún después de la muerte de su autor y de su trágico final, su comparsa había decidido entregar a los aficionados del carnaval las últimas coplas de aquel poeta gaditano. Todos los que allí se encontraban sintieron un nudo en el estómago al escuchar los primeros acordes de las dos guitarras, que sonaron como un grito de rabia.

*Igual que en una mezquita
al llegar te descalzas si quieres entrar,
todas las calles de Cádiz
también son el templo de una religión
que da a la vida sentido.
Por eso te digo, si vienes de fuera
o si eres de aquí, pero aún no te enteras,
qué es el carnaval.
No es una fiesta más ni una feria de tantas,
es un modo de estar de la gente de Cádiz
que hace de su cantar su semana más santa.*

La melodía comenzó a calar en Jenifer que sintió cómo se sacudía en su interior una extraña emoción que la hizo sollozar. Era como si hubieran abierto la compuerta de un estero; sus lágrimas, junto con sus miedos, comenzaron a abandonarla. Alejandro, al percatarse, la acurrucó en su pecho y la dejó humedecerle el jersey de lana mientras la comparsa terminaba aquel canto a la ciudad de Cádiz convertido ya en oración:

*Esto es una religión
para el que no tiene más dios
que la voz de su pueblo tal como le sale.
Si no te gusta, lo siento, pero no consiento
hacer un botellón de mis carnavales.*

Al acabar, la gente comenzó a aplaudir sonoramente. Una extraña atmósfera había rodeado la actuación y las nubes se interpusieron ante un sol, hasta entonces, radiante. Una escalofriante premonición recorrió el cuerpo de Jenifer. Sintió que alguien la observaba, pero no se atrevió a mirar hacia ningún lado. Estaba rodeada de edificios y de personas, muchas de ellas

disfrazadas. Apretó la mano de Alejandro, respiró lo más profundo que pudo y aquella sensación comenzó a diluirse.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alejandro agarrándole la mano.

—No es nada, es que me he emocionado.

—Estás blanca, Jenifer. ¿Estás segura de que es por eso?

Ella le respondió con un beso, y en el fondo de su boca terminaron de desaparecer todos sus miedos.

Capítulo 2

CÁDIZ, 10 DE MARZO DE 2016

9:45 A. M.

La sala de espera del psicólogo era algo aséptico, un lugar tan ambiguo como poco familiar que transmitía menos sentimientos que una canción de reguetón. Es lo que pensaba Alejandro observando una fuente de agua en forma de cascada montañosa que amenizaba la sala. Dicho salto de agua creaba un sonido relajante, aunque también supuso que podía provocar en algunos pacientes las ganas de visitar el cuarto de baño.

Jenifer contemplaba dos baratas reproducciones de Van Gogh que terminaban de rematar la habitación donde Alejandro esperaba, no muy pacientemente, para someterse a una evaluación. Era el paso previo a reincorporarse en el Cuerpo de manera oficial. Gracias a la resolución del último caso, y a la recomendación de Jenifer, habían conseguido que Alejandro volviera a convertirse oficialmente en inspector del Cuerpo Nacional de Policía, a falta, claro, de dicho diagnóstico de sus capacidades mentales.

No había sido fácil convencerle. En su cabeza rencorosa, su último despido hacía de contrapeso a todo lo bueno que le podría aportar su retorno. Pero el amor por su ciudad y por Jenifer hizo, finalmente, inclinar la balanza hacia el lado del regreso a la vida que le habían arrebatado tres años atrás.

—¿De verdad es esto necesario? —cuestionó Alejandro con el gesto burlesco incrédulo. Su impaciencia lo devoraba y no podía dejar de pensar que todo aquello era una estúpida pérdida de tiempo.

—Ya lo hemos hablado, Álex. Responde a lo que te pregunté el doctor y ya está, no le des más vueltas. Yo no dudo de tu cordura, pero a veces hay que seguir los cauces que marcan las leyes, solo a veces.

—Tú siempre tan defensora de la ley. ¿Y si resulta que en realidad estoy loco?

—Todos tenemos nuestra parte de locura en esta sinrazón de mundo —dijo ella cuando una mujer joven y con el pelo corto abrió la puerta de la consulta observando un listado y anotando algo en él.

—¿Inspector Alejandro? —Él asintió, besó a Jenifer en la mejilla y tomó impulso para levantarse.

—¡Aquí está el tío...! —canturreó con una musiquilla que hizo sonrojar a Jenifer.

—Deja de hacer el *carajote* por un rato, por favor —masculló exagerando su vocalización.

Al atravesar la puerta se le presentó una habitación muy espaciosa e iluminada. Unos ventanales enormes que daban a la playa de la Victoria dotaban a aquel espacio de un encanto particular. Un diván de cuero de color hueso estaba orientado a unas relajantes vistas de la playa gaditana. Todo eso contrarrestaba el insípido decorado de la sala de espera.

—Póngase cómodo, señor Cobalea —le rogó la asistente del especialista—, el doctor no tardará en llegar.

Se sentó con cuidado sobre el sofá sin respaldo y se quedó observando el litoral, que estaba desierto a esas horas. Las nubes, de un color azulado muy oscuro, se habían instalado en el cielo como bloques de hormigón. Estaba absorto contemplando el fuerte oleaje que batía el océano cuando otra puerta se abrió y el doctor apareció tras ella atándose una bata tan blanca como la nieve. Alejandro se levantó y le estrechó la mano.

—Buenos días, inspector Alejandro.

—Buenos días, doctor Puyana, es un placer —respondió a la vez que observaba que el psicólogo había fijado la mirada en su antojo morado.

Era algo que le molestaba, se sentía como si fuera una mujer pechugona y escotada a la que los hombres no son capaces de mirar más de diez segundos a los ojos. Era la primera reacción de todo el mundo; debería de estar acostumbrado, pero no lo estaba.

—Tome asiento, por favor, póngase cómodo y recuéstese si le apetece —le dijo el psicólogo señalándole el diván.

Alejandro obedeció y repartió todo el peso de su cuerpo sobre el extraño y firme sofá. El doctor Puyana se acomodó en un sillón junto a su paciente, sacó una grabadora, la colocó sobre una mesa que estaba junto a él y la puso en marcha.

—Pues empecemos, señor Cobalea. ¿Qué tal se encuentra?

—Muy bien, y más con estas vistas. Es fácil recobrar el juicio mirando lo que hay tras estos cristales.

El doctor Puyana apuntaba algo en una libreta sonriendo entre dientes.

—Tiene usted razón en eso, no se lo voy a negar; es importante crear entornos relajantes para sacar lo máximo de los pacientes —dijo para después detenerse a carraspear—. Bueno, como ya sabe, estamos aquí para realizar una evaluación psicológica que ha sido encargada por el Cuerpo Nacional de Policía. ¿Está de acuerdo en llevarla a cabo?

—¿Por qué cree que estoy aquí si no?

—Son preguntas rutinarias, límitese a contestar, por favor —repuso señalando la grabadora en la cual un piloto rojo parpadeante indicaba que estaba registrando la conversación.

—Sí, estoy de acuerdo. —La paciencia le había vuelto a abandonar.

—La evaluación puede ser de una única sesión o puede que sean necesarias varias. Esto dependerá exclusivamente de mi criterio. ¿Está de acuerdo?

—Sí...—dijo con un deje aburrido y pesado.

Alejandro estaba inquieto, el especialista tenía algo misterioso en la mirada y sus ojos destilaban una oscuridad en la que no podía adentrarse. Era como si sus gestos estuvieran codificados, por lo que prefirió mirar de nuevo al mar.

—¿Es usted feliz, señor Cobalea? —La pregunta le cogió fuera de juego y miró de soslayo el rostro serio del especialista. Respondió tras unos segundos de reflexión.

—Sí, por supuesto.

—En una escala del uno al diez, donde uno es la menor puntuación y diez la mayor, ¿en qué grado de felicidad diría que se encuentra?

Alejandro volvió a pensar la respuesta, aunque antes sopesó si aquellas preguntas podrían servir para ser mejor investigador. A lo largo de su carrera había conocido a colegas suyos cuya felicidad era inversamente proporcional a sus éxitos atrapando asesinos y psicópatas.

—Ocho —respondió con una sombra de duda.

—¿Qué es lo que le hace más feliz? —inquirió Puyana sin levantar los ojos de sus notas.

—El Carnaval de Cádiz —se escuchó decir regiamente.

—¿El Carnaval de Cádiz?

El psicólogo achicó los ojos y analizó el semblante serio de Alejandro. Este asintió dos veces advirtiendo que no había ningún tipo de sorna en su contestación. Asombrado, tomó nota.

Era la primera vez que alguien le respondía algo así a esa pregunta. La respuesta normal a esa cuestión eran cosas como la familia, los amigos, la mujer, los hijos, el perro, la cerveza, los viajes y un sinfín de cosas, pero nunca nadie le había respondido que el Carnaval de Cádiz era lo que le hacía más feliz. En su bloc de notas tenía un ranquin con las cinco mejores contestaciones a dicha pregunta. Buscó la curiosa clasificación en las últimas páginas hasta dar con ella. La lista estaba encabezada por la contestación de un jubilado que le respondió que lo que le hacía más feliz era la Viagra. Sobre esta nota escribió la respuesta del inspector.

—Ahora voy a mostrarle una serie de imágenes y tiene que decirme qué ve en ellas.

Alejandro resopló con tal fuerza que podría haber apagado una vela de cumpleaños a varios kilómetros de distancia. Había visto esa escena en cientos de películas y siempre le pareció ridícula esa prueba conocida como el test de Rorschach.

—¿En serio es esto necesario?

El doctor Puyana le lanzó una mirada cálida y le mostró el primero de los dibujos.

—Esta es la lámina número uno, ¿qué ve aquí?

—¿Una máscara de carnaval muy fea?

—No pregunte, afirme, por favor —le suplicó el psicólogo—. Dígame todo lo que se le venga a la cabeza.

—Pues eso, una máscara de carnaval horrenda.

El psicólogo tomó nota y prosiguió.

—Esta es la lámina número dos, ¿qué ve aquí, señor Cobalea?

—Veo a un *barbapasta*.

—¿Un *barbapasta*?

—Sí, un hombre con barba frondosa muy cuidada y unas gafas de plástico. ¿No ha escuchado usted la chirigota del Perchero?

El psicólogo lanzó una mirada a la lámina, rio entre dientes y dijo:

—Yo no soy mucho de carnaval, discúlpeme.

—No se preocupe.

Así fue respondiendo hasta completar las diez hojas que componían el cuestionario. Alejandro había cambiado su actitud inicial, y se esforzaba cada vez más en realizar la evaluación de la mejor manera posible, sobre todo por ella, por Jenifer. Quería volver a trabajar a su lado, poder protegerla allá donde fuera, se lo debía a su padre, se lo debía a Isidro.

Después de la última lámina, el doctor Puyana se levantó del sillón, dejó las hojas sobre un escritorio que estaba al fondo de la sala y volvió ofreciéndole un vaso de agua.

—Hemos terminado por hoy, señor Cobalea, aunque deberá venir de nuevo. Necesito charlar un rato más con usted.

—Doctor, con todos mis respetos, ¿no podría hacer algo para adelantar todo esto? Me gustaría reincorporarme lo antes posible —preguntó forzando una sonrisa ansiosa. Por dentro estaba empezando a desesperarse y solo deseaba que ese trámite se agilizará cuanto antes.

—Podría hacerlo, no pondré ningún impedimento para que retome su puesto de manera inmediata, pero debe prometerme que vendrá a las sesiones que estime oportunas.

—Tiene usted mi palabra —le dijo Alejandro tendiéndole la mano y observando un semblante cordial en el psicólogo.

—Haré que preparen la documentación necesaria para que se la envíen mañana a primera hora a sus superiores —repuso Puyana respondiendo con fuerza a su apretón de manos—. Una última pregunta antes de que se vaya, ¿cómo duerme usted por las noches? ¿Suele tener pesadillas?

La pregunta le cogió dando un sorbo al vaso de agua y pensó la respuesta mientras acababa con todo su contenido.

—No, duermo como un bebé desde que atrapamos al asesino de comparistas. —Mintió intentando que sus gestos no le delatasen.

Los ojos del psicólogo brillaron por un segundo como si supiera que no le estaba contando toda la verdad, y le indicó la dirección de salida.

—Mi secretaria le llamará para la siguiente sesión. Gracias por su visita, inspector.

—Ha sido un placer, doctor.

Al salir, la felicidad se dibujó en sus mejillas. Jenifer jugueaba con su teléfono hasta que lo vio aparecer, lo guardó en el bolso y fue a abrazarlo al descifrar el motivo de su alegría.

—Estoy dentro —le dijo al oído.

—No sabes cuánto me alegro, Álex —le respondió a la vez que lo achuchaba.

Recorrían el paseo marítimo camino al apartamento de Jenifer cogidos de la mano. Él se había mudado a su casa hacía unos días, quería estar a su lado el mayor tiempo posible y le hacía especial ilusión vivir bajo el mismo techo. El paseo marítimo estaba bastante concurrido y corredores, ciclistas y caminantes formaban una bella postal con el mar de fondo.

—¿Qué te ha preguntado el psicólogo, Álex? —quiso saber ella respirando el aire que venía del mar cargado de humedad y de sal.

—Pues cosas normales, supongo. Me ha enseñado los dibujos esos raros que parecen arte contemporáneo, aunque había láminas más fáciles de descifrar que algunas obras de ese estilo, eso también te digo.

Ella sonrió y le apretó más la mano. Sentía sus dedos como la conexión al mundo real y los volvió a oprimir con cariño. Después de caminar un rato, sin darse cuenta, habían llegado al portal de Jenifer. Abrieron la puerta del bloque y fueron en busca del ascensor que les esperaba con las puertas abiertas. Pulsaron el número seis y al cabo de unos segundos comenzaron a as-

cender. En la pequeña estancia, el perfume de Jenifer se adueñó del aire y llegó hasta las fosas nasales de Alejandro. Aquello lo invitó a acercarse a su cuello para olfatearlo, besarlo y acariciar su pelo dorado.

Jenifer cerró los ojos al sentir cómo su boca húmeda le recorría el cuello. Sus labios se deslizaban con sumo cuidado y al llegar bajo el nacimiento del pelo le mordió suavemente, haciendo que ella gimiera y se retorciera dócil. Alejandro fue diseminando pequeños mordiscos cerca de su oreja que hicieron que se excitase aún más. Apartó la camisa de ella con suavidad para dejar un hombro al descubierto, y los besos pusieron rumbo hacia su desnudez. Cuando su mano fue al encuentro, ya con menos sutileza, de uno de sus pechos, un sonido seco les anunció que habían llegado al piso indicado.

Jenifer buscaba las llaves mientras él seguía humedeciendo su hombro con mimo. Palpaba en su bolso con los ojos entreabiertos cuando los dirigió hacia la puerta y advirtió que colgaba un sobre rojo del pomo. Este estaba dirigido a nombre de ambos:

Jenifer y Alejandro

No pudo siquiera gritar. Su cuerpo se paralizó y sus gemidos se convirtieron en una angustiada respiración.

Capítulo 3

CÁDIZ, 10 DE MARZO DE 2016

11:39 A. M.

Alejandro seguía excitado y recorriendo con dulzura el cuerpo inmóvil de Jenifer, que se había quedado rígida como el mástil de una bandera mientras él ondeaba por su cuerpo. No tardó mucho en percibir la frialdad de sus gestos y buscó en sus ojos alguna respuesta a ese cambio.

Comprobó que los tenía clavados en el pomo de la puerta y al girar el cuello, él también quedó petrificado. El sobre rojo con el nombre de ambos colgaba y se mecía sigilosamente como si fuera el péndulo de un reloj de cuerda; era como si alguien lo acabara de colocar allí. Jenifer sintió cómo el corazón chocaba contra su pecho con la fuerza de una ola de diez metros sobre las escolleras.

Ninguno se atrevió a mover un músculo. El tiempo se detuvo hasta que Alejandro dio un paso, se puso delante de ella y la hizo retroceder, como queriéndola proteger de un disparo a bocajarro o como si la carta fuera un explosivo a punto de detonar.

Se acercó al sobre con cautela y pudo comprobar que la carta colgaba de un lazo dorado en el que no había reparado hasta entonces. Ese detalle hizo que un batiburrillo de sentimientos diera saltos en el estómago de Alejandro antes de reunir el valor suficiente para arrancar la misiva de un tirón. Cuando lo hizo, se quedó con ella en la palma de la mano.

La examinó como si fuera la carta de ingreso a Hogwarts. Notó que pesaba algo más de lo normal. La palpó con las dos manos de manera delicada, como si estuviera leyendo en braille, hasta que intuyó el contenido del sobre rojo. Abrió la carta por uno de los laterales y dejó caer lo que había en su interior sobre la otra mano.

La llave de un coche se posó en su palma derecha. Detrás de ella salió escupida una hoja de papel que Jenifer cazó al vuelo y leyó en voz alta:

Espero que al fin aceptes un regalo mío, bueno, dos. Móntate en el coche e indícale al ordenador de a bordo que te lleve a casa.

Emiliano

La carta estaba firmada por su padre; escrita de su puño y letra. No fue hasta entonces que ambos relajaron los hombros y suspiraron de alivio.

—Así que tu padre es otro guasón como tú. Que sepas que no ha tenido ni puta gracia —le reprendió Jenifer intentando estabilizar su respiración.

Alejandro intentaba ordenar la amalgama de sentimientos que se había agolpado en su cabeza. Aquello era una forma más de Emiliano de pedir disculpas, aunque no estaba seguro de que su padre tuviera que pedir las a esas alturas. Las aceptó sin dejar de anotar en su memoria el discurso que le largaría cuando le tuviera delante; no tenía duda de que el sobre rojo era algo premeditado.

—Las cosas de mi padre... —Lo disculpó sintiendo una amarga pastosidad en la boca.

—Desde luego, no podrás negar que eres hijo suyo.

—¿Bajamos a ver qué es lo que abre esta llave?

—Déjame recuperar el aliento, no estoy para este tipo de bromas después de todo lo que ha pasado —le rogó ella intentando llenar los pulmones de aire.

Jenifer respiró profundamente antes de abrir la puerta del ascensor y entrar los dos en él. Necesitaba analizar el flujo de emociones que había destrozado su cordura durante unos acongojantes segundos.

Alejandro también había vuelto a revivir un sentimiento tan angustioso como enfermizo. La idea de que el asesino de comparsistas siguiera suelto le perseguía incluso en sueños. La broma de su padre hizo resurgir una duda que le abordaba a menudo, un temor que había intentado tapiar esos últimos días y que, al parecer, lo perseguiría durante mucho más tiempo.

Al salir del edificio pulsó el botón de apertura del coche sin saber qué vehículo estaba buscando. A pocos metros de distancia los intermitentes de un Audi A1 negro guiñaron dos veces. Se acercó a él con cierto pudor, como si aún no estuviera del todo convencido de querer aceptar el regalo.

«¡A la mierda los prejuicios! No tengo nada para moverme en esta ciudad, lo tomaré como un premio por el reingreso en el Cuerpo», reflexionó acelerando el paso.

—¿Dónde vas con tanta prisa? —preguntó Jenifer haciendo aspavientos e intentando dejar de lado el miedo que le había asaltado.

Se quedó a tres pasos de su nuevo vehículo. Lo contemplaba embebido en sus pensamientos. Delante de sus ojos un coche deportivo de tres puertas con unas líneas elegantes y dinámicas refulgía con la luz del sol.

—¿No vas a probarlo o qué? —preguntó ella dándole un cariñoso empujón.

Al abrir la puerta, el peso de la misma le confirmó lo que sospechaba. Aquel automóvil no era uno cualquiera, su padre tenía un gusto peculiar. Toda la carrocería había sido revestida por un blindaje que estaba seguro de que, como mínimo, podría resistir un tiroteo de armas reglamentarias e incluso ataques con balas de gran calibre. Alejandro golpeó el chasis con los nudillos para corroborarlo.

—Mi padre no me regala un medio de transporte, me regala seguridad —dijo ante el sonido compacto de la carrocería.

—Es su forma de protegerte, Álex.

—Lo sé —dijo con cierta angustia. En ese momento se estaba arrepintiendo de los años que lo había rechazado por culpa de algo que no había sabido hasta hacía solo unos días.

Se montó en el coche con un regusto amargo y palpó cada una de sus partes; desde el volante, pasando por la palanca automática de cambios, hasta la gran pantalla a color que se iluminó al introducir la llave en el contacto.

Distintas opciones se reflejaron en el monitor y una de ellas indicaba «Camino a casa».

—La nota decía que pulsaras ahí —le dijo Jenifer ajustándose el cinturón de seguridad e inspirando con deleite el olor a coche nuevo.

—Pues vámonos, vámonos; que esto va sonando mejor...

Los altavoces se pusieron en marcha y unos pitos introdujeron el comienzo de un pasodoble de la chirigota del Yuyu.

*Mi vida es el carnaval,
mi vida es estar cantando,
pues no me puedo olvidar, ay, del carnaval
ni aunque esté currando.*

—Al final va a resultar que mi padre me conoce más de lo que creía... —dijo sonriendo y tarareando la canción hasta el final. Conducía tranquilo y tomando contacto con los pedales hasta que la canción se detuvo y Jenifer pulsó un botón para detener la reproducción del disco.

—Algún día podrías escuchar otra cosa que no sea Carnaval de Cádiz.

—Claro... El día que me muera. Aunque en mi velatorio me gustaría que cantara una comparsa de sentimiento —repuso reiniciando la música a la vez que le sacaba la lengua.

Jenifer lo miró con ojos enternecidos. A ella también le gustaba escuchar de vez en cuando ese tipo de música, pero de vez en cuando, y no de ese modo casi enfermizo. Todavía conservaba la esperanza de no aborrecerla a su lado. Una guitarra volvió a dar el inicio, esta vez, del popurrí de Los Pavos Reales, una chirigota de los hermanos Carapapas:

*La historia comienza el día
que la reina de Castilla con pasión se enamoró
de un muchacho inteligente, buena gente, competente,
una persona excelente, elegante y guapetón;
lo de menos era que era el rey de Aragón.*

—A ver a dónde nos lleva este GPS —dijo él elevando la voz sobre la música y acelerando con cuidado.

El GPS daba instrucciones a través de los altavoces con una voz melosa y pausada que se mezclaba con la música. En la pantalla no se mostraba el destino del viaje, solo la ruta próxima, las calles cercanas a su perímetro y el tiempo aproximado de llegada.

Atravesaron las Puertas de Tierra e hicieron levantar varios papelillos de colores que habían sobrevivido atrincherados en la esquina de un bordillo. Franquearon toda la avenida principal de Cádiz y pusieron rumbo a Chiclana. Entraron por el último desvío a esta ciudad, el que daba acceso a las playas. Después